



Excmo. Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Aller, Presidenta de la Asociación de Hosteleros del Alto Aller, Galardonados con el “Gochín de oro 2006”, Señoras y Señores:

La rueda de la *Fortuna* - que en este caso no es otra que la rueda del tiempo - me ha asignado la honrosa responsabilidad de proclamar estas *XIV Jornadas gastronómicas de la matanza de Felechosa*, divulgando sus cualidades y excelencias e incitando a su celebración, que es exactamente lo que se quiere de alguien a quien se le encomienda la tarea de pregonar o de decir públicamente algo que todos deben saber.

Seré breve en mis razonamientos - como exigía D. Quijote -, (por) que ninguno hay gustoso si es largo.

De entrada, me es grato imaginar que hacen ustedes un alto en su cotidiana tarea para escuchar con benevolencia esta serie de breves y personales consideraciones entorno a la matanza, tomadas de mis vivencias de niño, en este para mí siempre querido *puilo de Felechosa*, en el que tuve la suerte de nacer, hace ya no poco tiempo.

Y es que la matanza o, mejor, el *samartín* – como aquí siempre se le llamó - está indefectiblemente unido a nuestra memoria y a nuestros recuerdos más íntimos, recuerdos que, hoy, andando el tiempo, se nos antoja que forman parte no ya de la historia, sino de la prehistoria. Y no tanto por el tiempo transcurrido cuanto por la evolución social y tecnológica vividas.

Ciertamente, cuando, por ejemplo, uno cuenta que antes, en la Escuela, – allá por los años 60 - una pizarra, y un pizarrín bien afiláu, constituían casi la única herramienta de trabajo disponible; y que un único libro – la *Enciclopedia Álvarez* – traía todo lo que había que saber; o que a falta de televisión disfrutábamos con *espadas de madera, trenes fechos con latas de sardinas y juegos varios calegando pel puilo*; o que la incursiones en la *pumará* del Señorito, en busca de *carápanos* – ¡¡ cómo sabían guapo !! – eran para nosotros más divertidas que todos los juegos de la *Play Station juntos*; no nos falta razón par afirmar – como dice un buen amigo mío – que nosotros tuvimos la suerte de nacer y vivir a caballo entre dos grandes épocas, la *Prehistoria* y la *Modernidad*, y en medio, menos de cincuenta años.

Por ello, estamos seguros de que todos Uds. conocen y comparten muchas de estas vivencias que aquí voy a referir y que, en este caso, están directamente asociadas a alguno de los momentos que rodeaban al acto principal y más festivo del *samartín*, es decir, a la matanza del *gochu* – o del *gucho*, como decimos aquí -. Por cierto, el *gucho*, **un animal sin nombre**.



1. UN ANIMAL SIN NOMBRE

Dicen que lo que no tiene nombre es como si no existiese: y, en efecto, la inmensa mayoría de los animales y posesiones de la casa tienen nombre propio: los *praos* tienen nombre; las fuentes y los ríos tienen nombre; las vacas, el caballo y hasta el perro tienen nombre; pero el *gucho* no lo tiene; es simplemente el *gucho*. Quizás, su estancia breve entre nosotros hiciera que se considerara como excesivo y poco rentable el esfuerzo de ponerle nombre propio. Sin duda, era innecesario. Y para identificarlo simplemente se le posponía el nombre de su dueño (*El gucho - o la gocha - d'Antón*) o, más frecuentemente, el de su dueña (*El gucho - o la gocha - de Rosaura*).

No tiene nombre propio, pero, sin embargo, se le conoce con distintos y variados nombres comunes, según su edad, situación o estado: así, se le llama: *gochín* o *gorrín* al recién nacido; *güerre*, al gochín más ruin, que generalmente quedó sin teta para amamantarse; *gochetu*, al que ha desarrollado algo más; *llabascu* o *llarascu* cuando tiene dos o tres meses; *verrón* al macho sin capar, destinado a la cubrición de las hembras; y *matón*, al que está ya dispuesto para el *samartín*.

No tiene nombre propio, insistimos, pero sus cualidades y notas distintivas – es curioso - son bien conocidas por todos y, con frecuencia, se le aplican al ser humano; y así – por un proceso que podríamos llamar de **animalización** – se le atribuyen al hombre o a la mujer rasgos propios de este animal doméstico, mediante comparaciones que todo el mundo entiende perfectamente: y así decimos:

- *Ta purco como un gucho* (a quien no destaca precisamente por su limpieza).
- *Come como un gucho* (a aquél que lo hace en exceso o con formas poco refinadas).
- *Ta gurdo como un gucho* – más duramente ofensivo si lo ponemos en femenino *Ta gorda como una gocha* – (dedicado a quienes tienen algunos kilos de más).
- *Ye más torcíu que'l reu un gucho* (para el que tiene comportamientos poco rectos y complicados).
- *Ye necia como los gochos* (esto es, que no se atiende a razones).

Todas ellas expresiones marcadamente negativas y de alto riesgo, dependiendo de a quién, cuándo y cómo se digan.

Incluso con frecuencia se establecen comparaciones con supuestos comportamientos o costumbres del *gucho*, que éste, el pobre, ni tiene ni conoce; como, por ejemplo, cuando se dice:

- *Bebe y fuma como un gucho* (referido a quien lo hace en exceso, sabiendo que nuestro querido animal no participa de tales ocupaciones).



No tiene nombre – decimos -, pero goza de los favores y protección de un santo: Santo Antón; al cual se le ofrecían partes del *gucho* – sobre todo *llacones* – para pedir por la salud de los animales sanos y la cura de los que estaban enfermos; de ahí el refrán: *El dicisiete de xineru, Santo Antón, el llaconeru.*

En fin, está claro que el *gucho* es un animal diferente de los otros que convivían con nosotros en casa; y no sólo porque no tuviera nombre, sino porque en una economía tradicional de subsistencia como era la nuestra, desempeñaba un papel fundamental en el sustento básico de la familia; de ahí el cantar que decía:

*María, si vas al horru
Del tocín corta pocu;
Muchos meses tien el añu
Y yera pequeñu el gochu.*

Realmente, lo del *gucho* ye un caso único: nace en la *corripa* o se compra al poco de nacer. Se le cría con productos de casa, come nuestras sobras – las *desllavas* – y al final nos los comemos nosotros a él, en un proceso que constituye un perfecto ciclo alimenticio de producción y consumo.

2. VIDA SOCIAL DEL GOCHU

Pero los *gochos*, no siempre estuvieron, como ahora, *metíos tul tiempo na corripa*: hasta no hace mucho, podríamos decir que incluso tenían una interesante vida social; andaban *pelas caleyas* y caminos - como las pitas, o los burros, -; subían a las caserías, incluso a los puertos.

Por la primavera, lo primero era caparlos, *pa que medraran y nun anduvieran verríos*. Cómo nos *prestaba andar pelas caleyas detrás del capaar* mirando a ver cómo lo hacía; si era *gucho*, la cosa era muy sencilla: los testículos fuera y a correr; cierto que si le quedaba un testículo dentro, entonces quedaba mal capado y se le llamaba *rancuiyu*; si era *gocha*, la operación era algo más compleja y requería unos mínimos conocimientos de cirugía. Recuerdo aquel día en que capaban una *gocha* en mitad de la *caleya*: el veterinario, vueltas y vueltas, incapaz de encontrar y sacar a flote los ovarios que tenía que cortar; Zoilo, el de Paco, impaciente por la tardanza, le espetó al veterinario:

- “¡Qué Dios, tienes los deos curtios!”.

El veterinario, serio, lo traspasó con la mirada:

- “Los dedos cortos, pero la inteligencia larga; tenga pela pata y calle”.



Era también por la primavera, antes de llevarlos *pal puerto*, cuando se les sacaba de la *corripa*, un *ratín cada día*, para que se fueran avezando a correr y a comer *daqué perfuera*:

- *“Llieva el gucho hasta el Preu puilo pa que corra un retu”* – te decía tu madre -.

Y allá ibas tú, detrás del *gucho*, intentando hacerlo correr y que te obedeciera – cosas verdaderamente imposibles *pa este animal* -. Una cosa sí aprendías: cuando querías que el *gucho corriera palantre*, lo mejor yera tira-y pel reu p’atrás; cuando a un *gucho*- y *tiras pel reu p’atrás, siempre corre palantre; nun falla*. Y así hacíamos.

Claro que no todos los gochos subían pal puerto, muchos quedaban *pel puilo, llambiando las artesas y fozando pelas cunetas*. Esta libertad que tenían los gochos – sin duda, por la escasez de alimentos para su engorde – hacía que hubiera que ponerles algunos límites: lo más frecuente era alambrarles el hocico – *ferrar el gochu* que decíamos – para que así *nun espiazaran los caminos nin llevaran las piedras de la corripa*; y, antiguamente, incluso se les ponía una torga alrededor del cuello – parecían *espantapájaros* - para que no *furaran ni se metieran pelas campas o pelo semblao*; de ahí, el cantar popular, bien conocido de todos Uds.:

*Torga la gocha, Antona,
tórgala bien torgada;
tórgala que nun foce
la mio corrada.*

Y, en esta que hemos llamado vida social del *gucho*, tampoco era infrecuente verlo participar en juegos o competiciones más o menos deportivas, como aquella carrera de gochos que se organizó hace unos años, pal Carmín, y que acabó en bronca entre el nenu ganador y la dueña del *gucho*, empeñada en cobrar el premio, argumentando que el mérito yera del *gucho y non del guaje*, que sólo lo había llevado *emprestéu*:

- *el premio ye pa mí, que’l gucho ye mio* – insistía la señora -.

Pero, sin duda, lo más guapo era cuando el *gucho* subía de veraneo pal puerto. ¡Vaya calvario subir un *gucho* hasta Las Ordaliegas!: *“Chin, Chin” tol camín*;

- *“Nun lu apures qu’acoroxa”*.
- *“Echa-y un poco d’agua pa que nun s’afane”*.
- *“Nun-y tires pel reu”*.

Y tú, en cuanto no te veían, *patás al gucho*. Y el *gucho* quieto.

- *Vaya gucho más nicio”*- decías -

Verdaderamente, *nun sé como nun acoroxaban toos*.



Claro que, una vez en el Puerto, *¡vaya como-yos prestaba revolcase nas llamargas!* -; en realidad era lo que hacían, porque comer lo que se dice comer, *lo que arrincaban pelas camperas*; únicamente, cada ocho días, *un puñéu de granos* y poco más. Así que bajar, bajaban flacos como galgos;

- *Nun tien una gota de tucín; Ye too freba* – decían - (*como pa tenelo con la vida que traían fozando pelos peornales*).

Así que, pela seronda, cuando bajaban del puerto, *algunos paecían xabalinos, nun había quién-yos echar mano*.

Es verdad que, entonces, una vez en casa y de vuelta a la *corripa*, era cuando los gochos llevaban la mejor vida: se les cuidaba bien, engordaban rápido y se olvidaban de las penurias vividas.

3. LA MATANZA

Pero ya se sabe, *“A tou gochín-y llega el so samartín”*. Y llegaba el día de matar:

- Mañana, matamos (no hacía falta decir qué, ya se sabía).

Para mí, ese día era como un día de fiesta – mejor, porque no había que ir a misa -; además, con cierto protagonismo: siempre te decían que era muy importante que tuvieras bien *pel reu*, no fuera a ser que-yos pasara como a los de Santinos, que por no tener bien *pel reu*, el *gucho tirólos a toos patas arriba na corripa*, con tan mala suerte, que entre la confusión y el nerviosismo, el *coraor*, en lugar de enganchar al *gucho pela barbá*, enganchó a Santinos; imagínense Uds., entonces, quién daría mayores quexíos, si el *gucho* o Santinos.

Pero lo que más me *prestaba* era presenciar el momento decisivo de la matanza, que era cuando los *homes* asumían todo el protagonismo y su papel era casi estelar: tomaban café, bebían aguardiente *pa escalecer* y manejaban con decisión todos los aperos de la matanza.

Tenían todo el protagonismo, pero sólo por un día, porque quien realmente se ocupaba de todo – desde el parto o la cría hasta la alimentación y los cuidados diarios – era siempre *la muyer*, o sea, tu madre; incluso en este señalado día, la *muyer* tenía dos intervenciones fundamentales y muy significativas – y que a mí nunca se me olvidan -: una, ayudar a sacar al animal de la *corripa* por las buenas – nadie mejor que ella, que para eso lo había criado y mimado - y otra, *apiyar* la sangre que emanaba a borbotones del pescuezo – al fin y al cabo la sangre era algo esencial que le pertenecía más a ella que al *“home, que nun había mirao pal gucho en tul año”*.

El caso es que llegado el momento, allá iban: cuatro o cinco *homes*; el *mataor*, el gancho en la mano, delante. Nada más verlos el resuello del *gucho* cambiaba por completo; pero no había marcha atrás. Así que el *gucho* empezaba a chillar como jamás lo había oído yo chillar; y sus gruñidos eran



para mí como la música de la fiesta; yo, entonces, sólo quería topar un resquicio para ver de cerca cómo lo sujetaban y si el *gochu* sangraba bien o, por el contrario, *acoroxaba* del susto.

Después, una vez abierto el animal y colgado del pintor – sólo muchos años después supe que el *pintor* no tenía nada que ver con el arte, sino más bien con la sujeción, esto es, con el palo del que pendía el *gucho* -, digo que una vez colgado, la fiesta continuaba: una buena comida o cena, con productos de la matanza y postres caseros y, sobre todo, historias, muchas historias que se contaban durante la comida y que yo escuchaba sin pestañear.

Al día siguiente, *prestábame* volver a ver el *gucho*; la verdad que me daba un poco de pena verlo allí colgado, con la boca abierta, cabeza abajo, sin protestar, sin gruñir. Entonces, lo tocaba, lo palmeteaba un poco y me iba.

4. FINAL

En fin, quiero quedarme con estos buenos recuerdos y vivencias que seguro todos Ustedes comparten: la fiesta, la colaboración entre los vecinos y por supuesto, los excelentes productos que durante todo el año nos hacían más llevadera la existencia.

Los mismos productos que ahora vamos a poder degustar, gracias a la generosidad de los hosteleros organizadores de estas Jornadas, a quienes desde aquí, agradecidos, felicitamos y animamos a que continúen con estas iniciativas, deleitándonos con estos platos, aunque ya, sin aquellos gruñidos metálicos del *gucho* que inundaban la seronda.

Que Dios les dé salud y a mi no me olvide. Muchas gracias

Felechosa, 20 de noviembre de 2006
Genaro Alonso Megido